

La reina, olvidándose de todo, abrió ella misma la ventana con un vigor extraordinario y gritó :

— ¡ Señor de Charny !

Éste volvió la cabeza, y muy asombrado de aquel llamamiento, se dirigió hacia el palacio.

CAPÍTULO VII.

LA GOARTADA.

Entró el señor de Charny algo pálido, pero derecho y sin apariencia alguna de estar enfermo.

Al ver aquella sociedad ilustre, tomó la apostura respetuosa y tiesa del hombre de mundo y del soldado.

— Tened cuidado, hermana mía, dijo en voz baja el conde de Artois á la reina, pues me parece que interrogáis á muchos.

— Hermano mío, interrogaré al mundo entero, hasta que llegue á encontrar alguno que me diga que os habéis equivocado.

En este intermedio Felipe había visto á Charny, y le había saludado con urbanidad.

— Sois un verdugo de vuestra salud, dijo en voz baja Felipe á su adversario. ¡ Salir estando herido ! Parece que verdaderamente queréis morir.

— No se muere por un rasguño de una zarza del bosque de Bolonia, replicó Charny, utano de devolver á su enemigo

una picadura moral más dolorosa que la herida de la espada.

Acercóse la reina y puso fin á este coloquio, que había sido más bien un *aparte* doble que un diálogo.

— Señor de Charny, dijo, dicen estos señores que os hallabais en el baile de la Ópera.

— Me hallaba en efecto, señora, respondió Charny inclinándose.

— Decidnos lo que habéis visto allí.

— ¿Me pregunta V. M. lo que he visto, ó á quien he visto?

— Precisamente... á quién habéis visto; y no andéis en discreciones ni reticencias complacientes, señor de Charny.

— ¿Debo decirlo todo, señora?

Las mejillas de la reina recobraron aquella palidez que durante la mañana había sido reemplazada diez veces por un sonrosado febril.

— Principiando jerárquicamente según la ley de mi respeto... replicó Charny.

— Bien, ¿me habéis visto á mí?

— Sí, señora; en el momento en que por desgracia cayó la careta de la reina.

María Antonieta estrujó en sus manos nerviosas el encaje de su pañoleta.

— Caballero, dijo con una voz en que un observador más inteligente habría adivinado los sollozos prontos á exhalarse. ¡miradme bien! ¿estáis bien seguro de haberme visto?

— Señora, las facciones de V. M. están grabadas en los corazones de todos sus súbditos, y basta haber visto una vez á V. M. para tenerla siempre presente.

Felipe miró á Andrea, y ésta sumergió sus miradas en las de Felipe, formando una dolorosa alianza los dolores y los celos de ambos.

— Caballero, repitió la reina aproximándose á Charny, os aseguro que no he estado en el baile de la Ópera.

— ¡Oh! señora, exclamó el joven inclinando profundamente su frente hacia el suelo, ¿no tiene V. M. el derecho de ir adónde se le antoje? y aun cuando fuese al infierno, ¿no queda el infierno purificado una vez que V. M. haya puesto los pies en él?

— No os pido que disculpéis mi ida, dijo la reina, os ruego que creáis no he ido.

— Creeré cuanto V. M. me mande creer, respondió Charny conmovido hasta el fondo del corazón por aquella insistencia de la reina, por aquella afectuosa humildad de una mujer tan orgullosa.

— ¡Hermana mía, hermana mía! ¡es ya demasiado! murmuró el conde de Artois al oído de María Antonieta.

Porque esta escena había dejado helados á todos los presentes; á unos por el dolor de su amor ó de su amor propio herido, y á los otros por la emoción que causa siempre una mujer acusada que se defiende con valor contra pruebas abrumantes.

— ¡Lo creen, lo creen! exclamó la reina fuera de sí de cólera; y desalentada, se dejó caer en un sillón, limpiando á hurtadillas con la yema del dedo la huella de una lágrima que asomaba ardiente á sus párpados. De súbito se levantó, y el conde de Artois le dijo con ternura:

— ¡Hermana mía, hermana mía! ¡Perdonadme! ¿Por qué os afligís de ese modo? Estáis rodeada de amigos apasionados; sólo nosotros conocemos ese secreto que tan

desmedidamente os espanta, y no lo arrancarán de nuestros corazones donde está encerrado, sino arrancándonos también la vida.

— ¡ El secreto, el secreto! exclamó la reina. ¡ Oh! yo no quiero ningún secreto.

— ¡ Hermana mía!

— ¡ Nada de secreto! ¡ Una prueba!

— Señora, dijo Andrea, alguien viene.

— Señora, ¡ el rey! dijo Felipe con voz lenta.

— ¡ El rey!... gritó un ujier en la antesala.

— ¡ El rey! ¡ Tanto mejor! ¡ Oh! el rey es mi único amigo; él no me juzgará culpable, aun cuando creyese haberme visto en alguna falta: ¡ sea bienvenido el rey!

Entró el rey, y su mirada formaba un contraste con el desorden y el trastorno de las figuras que rodeaban á la reina.

— ¡ Señor, exclamó ésta, llegáis á tiempo! Señor, aun tenemos otra calumnia, otro insulto aun que combatir.

— ¿ Pues qué hay? dijo el rey adelantándose.

— ¡ Señor, un rumor, un rumor infame que va á propagarse! Ayudadme, ayudadme, señor, porque esta vez no son mis enemigos los que me acusan; son mis amigos.

— ¿ Vuestros amigos?

— Estos señores; perdonad, hermano mío; el conde de Artois, el señor de Taverney y el señor de Charny me aseguran que me han visto en el baile de la Ópera.

— ¡ En el baile de la Ópera! exclamó el rey frunciendo el entrecejo.

— Sí, señor.

La asamblea guardó un silencio terrible.

Madama de La Motte observó la sombría inquietud del

rey, y vió la mortal palidez de la reina. Con una palabra, con una sola palabra podía hacer cesar una pena tan lamentable; con una sola palabra podía anonadar á todos los acusadores del pasado y salvar á la reina para el porvenir. Pero su corazón no la inclinó á hacerlo, y su interés la apartó de ello. Se dijo interiormente que no era tiempo; que ya había mentido respecto de la Cubeta, y que, retracando su palabra, dejando ver que había mentido una vez, mostrando á la reina que la había dejado luchar con la primera acusación, la nueva favorita se arruinaba del primer golpe; cortaba en agraz el provecho de su favor futuro; de consiguiente se calló.

Entonces el rey repitió con angustiada voz:

— ¡ En el baile de la Ópera! ¿ Quién ha hablado de eso? ¿ Lo sabe el conde de Provenza?

— ¡ Pero si no es cierto! exclamó la reina con el acento de una inocencia desesperada. ¡ No es cierto! El conde de Artois se equivoca, lo mismo que el señor de Taverney. Vos os equivocáis también, señor de Charny. En fin, cualquiera puede equivocarse.

Todos se inclinaron.

— ¡ Veamos! exclamó la reina. ¡ Que vengan los de mi servidumbre, todo el mundo! ¡ interróguese á todos!... El baile fué el sábado, ¿ no es verdad?

— ¡ Sí, hermana mía!

— Pues bien; ¿ qué hice yo el sábado? Que me lo digan, porque me vuelvo loca, y si esto dura, creeré yo misma que he ido á ese infame baile de la Ópera... pero, señores, si hubiese ido, lo diría sin reparo.

De súbito acercóse el rey con los ojos dilatados, la frente risueña y los brazos tendidos, diciendo:

— ¡ El sábado, el sábado ! ¿ no es verdad, señores ?

— Sí, señor.

— Pues bien, prosiguió el rey cada vez más tranquilo y gozoso ; no hay que preguntar más que á vuestra camarista María, quien tal vez recordará á qué hora he entrado yo esa noche en vuestro cuarto ; creo que fué á eso de las once.

— ¡ Ah ! exclamó la reina embriagada de gozo. ¡ Sí, señor !...

Y se arrojó á sus brazos ; luego, de repente, ruborosa y confusa de que la viesen, ocultó su rostro en el pecho del rey, que besaba con ternura sus cabellos.

— Pues bien, dijo el conde de Artois pasmado de sorpresa y de alegría á la vez, me compraré unos anteojos ; pero, ¡ vive Dios ! que no daría esta escena por un millón, ¿ no es verdad, señores ?

Felipe estaba arrimado á la pared, pálido como un difunto ; y Charny, frío é impasible, acababa de enjugarse su frente bañada de sudor.

— He ahí por qué, señores, es imposible que la reina haya estado esa noche en el baile de la Ópera, dijo el rey, viendo con excesivo gozo el efecto que había producido. Creedlo si gustáis ; en cuanto á la reina, estoy seguro de que se contenta con ser creída por mí.

— Y bien, añadió el conde de Artois ; que piense el conde de Provenza lo que le parezca ; pero desafío á su mujer á que pruebe del mismo modo una coartada el día en que la acusen de haber pasado la noche fuera de casa.

— ¡ Hermano mío !

— Señor, os beso la mano.

— Carlos, aguardad, que voy con vos, luego que haya dado el último beso á la reina, dijo el rey.

Felipe había permanecido inmóvil.

— Señor de Taverney, le dijo la reina con tono severo, ¿ no acompañáis al señor conde de Artois ?

Felipe se enderezó al punto ; agolpósele la sangre á los ojos y á las sienes, y estuvo para desmayarse ; de manera que apenas tuvo fuerza para saludar, mirar á Andrea, echar una terrible mirada á Charny y reprimir la expresión de su insensato dolor. En seguida salió.

La reina mandó á Andrea y á Charny que se quedasen.

Esa situación de Andrea, colocada entre su hermano y la reina, entre su amistad y sus celos, no habríamos podido bosquejarla sin debilitar el curso de la escena dramática, en que llegó el rey como un feliz desenlace.

Sin embargo, nada más digno de nuestra atención que ese dolor de la joven, quien conocía que Felipe habría dado la vida por impedir la conferencia á solas de la reina con Charny, y se confesaba que ella misma habría sentido despedazarse su corazón si, para seguir y consolar á Felipe como debía hacerlo, hubiese dejado á Charny solo y libremente con madama de La Motte y la reina, es decir, más libremente que solo, como lo adivinaba por el aire de Juana, modesto á la par que familiar.

— ¿ Cómo explicarse lo que ella sentía ? ¿ Era amor ?... ¡ Oh ! el amor, se habría ella dicho, no nace, no crece con esa rapidez en la fría atmósfera de los sentimientos de corte. El amor, esta planta tan rara, se complace en florecer en los corazones generosos, puros é intactos, y no va á echar sus raíces en un corazón profanado por recuerdos, en un terreno helado por lágrimas que hace años se concentraban en él. No, no era amor lo que la señorita de Taverney sentía por Charny, y rechazaba con fuerza semejante idea.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CALLE NÚM. 100 REYES

MONTERRREY, MÉXICO

porque se había jurado no amar jamás nada en este mundo.

Pero entonces, ¿por qué había sufrido tanto cuando Charny dirigía á la reina algunas palabras de respeto y adhesión? Ciertamente debían ser celos.

Sí, Andrea se confesaba que estaba celosa, no del amor que un hombre podía sentir por otra mujer, sino de la mujer que podía inspirar, acoger y autorizar ese amor.

Andrea veía con melancolía pasar alrededor de ella todos los hermosos de la nueva corte; aquellos jóvenes valientes y llenos de ardor que no la comprendían y se alejaban de ella después de ofrecerle algunos homenajes, los unos porque su frialdad no era filosófica, y los otros porque esa frialdad formaba un extraño contraste con las ligerezas en que Andrea había debido nacer.

Y por otra parte los hombres, sea que busquen el placer ó bien que sueñen en el amor, desconfían de la frialdad de una mujer de veinticinco años, que es bella y rica, que es la favorita de una reina, y que pasa sola, con aire glacial, silenciosa y pálida, por un camino donde la suprema alegría, la dicha suprema consiste en hacer un ruido soberano.

El ser un problema viviente no es un atractivo. Andrea lo había percibido bien, pues había observado que los ojos se iban apartando poco á poco de su hermosura, y que los corazones desconfiaban del suyo. Aun vió más: vió que ese abandono se había convertido en hábito en los conocidos antiguos, y en un instinto en los nuevos, y que se acostumbraba tan poco el acercarse á la señorita Andrea y hablarle, como acercarse á Latona ó Diana en Versalles en su fría cintura de agua ennegrecida. Todo el que saludaba á

la señorita de Taverney, hacía su pirueta y sonreía á otra mujer, había llenado su deber.

Todos esos matices no se habían escapado al ojo perspicaz de la joven, quien, habiendo experimentado su corazón todos los pesares sin conocer un solo placer, sintiendo avanzar la edad con un acompañamiento de pálidos tedios y negros recuerdos, invocaba en su alma al que castiga tanto como perdona, y en sus insomnios dolorosos, pasando revista á las delicias ofrecidas en alimento á los afortunados amantes de Versalles, suspiraba con mortal amargura:

— ¡Y yo, Dios mío! ¡Y yo!

Cuando encontró á Charny, la noche de la gran helada, cuando vió los ojos de aquel joven fijarse en ella con curiosidad y envolverla poco á poco con una red simpática, no reconoció en él aquella reserva extraña que le mostraban todos sus cortesanos. Para aquel hombre, ella era una mujer. Él había despertado en ella la juventud y galvanizado la muerte; había hecho sonrosarse el mármol de Diana y de Latona.

Así, la señorita de Taverney se apasionó súbitamente por aquel regenerador que acababa de hacerla sentir su vitalidad; se sintió dichosa en mirar á aquel hombre para quien no era un problema, y desgraciada en pensar que otra mujer iba á cortar las alas á su bella fantasía, á confiscar su sueño apenas salido por la puerta de oro.

Se nos perdonará el haber explicado de ese modo por qué Andrea no siguió á Felipe fuera del gabinete de la reina, á pesar de haber sentido mucho la injuria hecha á su hermano, y de que éste era para ella una idolatría, una religión, casi un amor.

La señorita de Taverney, que no quería que la reina quedase á solas con Charny, no pensó ya en tomar parte en la conversación después de la despedida de su hermano.

Sentóse á una esquina de la chimenea con la espalda casi vuelta al grupo formado por la reina sentada, Charny en pie y medio inclinado, y madama de La Motte derecha en el alféizar de la ventana, donde su falsa timidez buscaba un asilo, y su curiosidad real una observación favorable.

La reina permaneció silenciosa algunos minutos, no sabiendo cómo anudar una nueva conversación á aquella explicación tan delicada que acababa de tener lugar.

Charny parecía indispuerto, y su actitud no desagradaba á la reina.

En fin, rompió el silencio María Antonieta, y respondiendo al mismo tiempo á su propio pensamiento y al de los otros:

— Esto prueba, dijo de súbito, que no estamos sin enemigos. ¿Se creería, caballero, que pasan cosas tan miserables en la corte de Francia?

Charny no replicó.

— Sobre vuestros navíos, prosiguió la reina, ¡qué felicidad el vivir en pleno cielo, en plena mar! Á nosotros, los habitantes de las ciudades, nos hablan de la furia y la maldad de las olas. ¡Ah! caballero, caballero, miraos! ¿Acaso las oleadas más furiosas del Océano no han arrojado sobre vos la espuma de su cólera? ¿Acaso sus embates no os han derribado alguna vez y á menudo sobre el puente de vuestro navío? Pues bien, miraos; vos os halláis sano, joven y honrado.

— ¡Señora!

— ¿Por ventura los ingleses, prosiguió la reina ani-

mándose por grados, no os han enviado su cólera de llamas y metralla, cólera peligrosa para la vida? Pero ¿qué os importa? Vos estáis fuerte; y á causa de esa misma cólera de vuestros enemigos que vos habéis vencido, el rey os ha felicitado, os ha acariciado, y el pueblo sabe vuestro nombre y lo ama.

— Y bien, señora... murmuró Charny viendo con temor que aquella fiebre exaltaba insensiblemente los nervios de María Antonieta.

— ¿Qué quiero deducir?... Hélo aquí: ¡Benditos sean los enemigos que lanzan contra nosotros la llama, el hierro, la ola espumosa! ¡Benditos sean los enemigos que no amenazan más que con la muerte!

— ¡Dios mío! señora, replicó Charny, para V. M. no hay enemigos; para el águila no hay más que serpientes. Todo lo que se arrastra por la tierra no puede incomodar á los que se ciernen en las nubes.

— Caballero, se apresuró á decir la reina, sé que habéis vuelto sano y salvo de la batalla, que salisteis sano y salvo de la tempestad: vos salisteis triunfante y amado, mientras que aquellos cuya reputación es manchada por la baba de calumnia de un enemigo, como los que nosotros tenemos, no corren, es verdad, ningún riesgo de la vida, pero se envejecen con cada tempestad, y se habitúan á encorvar la frente temiendo encontrar, como me sucedió hoy á mí, la doble injuria de los amigos y los enemigos, confundida en un solo ataque. Y además, caballero, ¡si supieseis qué cruel es el ser aborrecido!

Andrea aguardó con ansiedad la respuesta del joven, y temblaba que éste respondiese con el consuelo afectuoso que la reina parecía solicitar.

Pero Charny, muy al contrario, se enjugó la frente en su pañuelo, buscó un punto de apoyo en el respaldo de un sillón, y palideció.

La reina dijo mirándole:

— ¿No hace demasiado calor aquí?

Madama de La Motte abrió la ventana con su manecita que sacudió la falleba como lo habría hecho el vigoroso puño de un hombre. Charny aspiró el aire con delicia.

— Este caballero está acostumbrado al viento de la mar, y va á sofocarse en los retretes de Versalles.

— No es eso, señora, respondió Charny, sino que tengo un servicio á las dos, y á no ser que V. M. me ordene que me quede...

— De ningún modo, caballero, dijo la reina, pues sabemos muy bien lo que es una consigna, ¿no es verdad, Andrea?

Luego, volviéndose hacia Charny, añadió con un tono ligeramente picado:

— Estáis libre, caballero.

Y despidió al joven con el gesto.

Charny saludó como un hombre que está de prisa, y desapareció tras de las cortinas.

Al cabo de algunos segundos, oyóse en la antesala como un quejido y como el ruido que hacen muchas personas que acuden presurosas.

La reina se hallaba cerca de la puerta, fuese por casualidad ó bien porque quisiese seguir con la vista á Charny, cuya presurosa retirada le había parecido extraordinaria; levantó la cortina, exhaló un débil grito, y pareció dispuesta á lanzarse fuera.

Pero Andrea, que no la había perdido de vista, se interpuso entre ella y la puerta, exclamando:

— ¡Oh! señora.

La reina miró fijamente á Andrea, la cual sostuvo con firmeza aquella mirada.

Madama de La Motte alargó la cabeza.

Entre la reina y Andrea quedaba un pequeño hueco, y pudo ver por él al señor de Charny desmayado, y que los criados y los guardias acudían á socorrerlo.

La reina, al ver el movimiento de madama de La Motte, cerró con viveza la puerta; pero era demasiado tarde, pues madama de La Motte había visto.

María Antonieta fué con el entrecejo fruncido y pensativo á sentarse en su sillón, dominada por esa preocupación sombría que sigue á toda emoción violenta. Nadie habría dicho que se acordaba de que había seres vivientes en torno de ella.

Andrea, por su parte, aunque había quedado en pie y apoyada contra la pared, no parecía menos distraída que la reina.

Hubo un momento de silencio. Al cabo de éste:

— ¡Vaya una cosa rara! exclamó de súbito y en voz alta la reina, cuyas palabras eran tan inesperadas, que estremecieron á sus dos compañeras...

— ¡Me parece que Charny duda todavía!

— ¿Duda de qué, señora? preguntó Andrea.

— De mi permanencia en palacio la noche de ese baile.

— ¡Oh, señora!...

— ¿No es verdad, condesa, no es verdad que tengo razón y que el señor de Charny duda todavía?

— ¡Á pesar de la palabra del rey! ¡Oh! es imposible, señora, dijo Andrea.

— Se puede sospechar que el rey ha acudido á mi auxi-

lio por amor propio... ¡Oh, Charny no lo cree! ¡no, no lo cree! Eso se deja ver fácilmente.

Andrea se mordió los labios, y dijo:

— Mi hermano no es tan incrédulo como el señor de Charny, pues parecía muy convencido.

— ¡Oh! haría muy mal, prosiguió la reina sin haber escuchado la respuesta de Andrea; y en tal caso ese joven no tendría el corazón recto y puro que yo le creía.

Luego, dando una palmada colérica, exclamó:

— Pero, en resumidas cuentas, si él me ha visto, ¿porqué ha de creer? El conde de Artois me ha visto también, Felipe igualmente, á lo menos así lo dice; todos aseguran que me han visto, y ha sido necesaria la palabra del rey para aparentar que creían lo contrario. ¡Oh! en todo eso hay algún enigma que yo debo aclarar, puesto que nadie piensa en ello. ¿No es verdad, Andrea, que debo investigar y descubrir la razón de todo eso?

— V. M. tiene razón, respondió Andrea, y estoy segura de que madama de La Motte es de mi opinión, y que cree que V. M. debe investigar hasta que lo descifre todo. ¿No es así, madama?

Madama de La Motte, cogida de improviso, se estremeció y no respondió.

— Porque en fin, prosiguió la reina, dicen que me han visto en casa de Mesmer.

— V. M. estaba allí, se apresuró á decir madama de La Motte con una sonrisa.

— Convengo, replicó la reina, pero no he hecho lo que dice el folleto. Y además, me han visto en la Ópera, y yo no estaba allí.

La reina se puso á reflexionar; luego exclamó de súbito con viveza:

— ¡Oh! ¡ya sé la verdad!

— ¿La verdad? balbuceó la condesa.

— ¡Oh, me alegro muchísimo! dijo Andrea.

— Que vayan á llamar al señor de Crosne, dijo gozosa la reina á madama de Misery que entraba.

CAPÍTULO VIII.

M. DE CROSNE.

El señor de Crosne, que era un hombre muy cortés, se hallaba en extremo embarazado en vista de la explicación del rey y de la reina.

El perfecto conocimiento de todos los secretos de una mujer no es una dificultad de pequeña monta, especialmente cuando esa mujer es la reina, y se tiene la misión de mirar por los intereses de una corona, y el cuidado de adquirirse fama.

El señor de Crosne conoció que iba á cargar con todo el peso de una cólera de mujer y de una indignación de reina, pero estaba animosamente atrincherado en su deber, y su urbanidad bien conocida debía servirle de coraza para amortiguar los primeros golpes.

Entró pues con semblante tranquilo y la sonrisa en los labios.

La reina se sonreía.

— Veamos de explicarnos á nuestro turno, señor de Crosne, dijo.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Debéis saber la causa de todo lo que me sucede, señor subdelegado de policía.

El señor de Crosne miró en torno suyo con un semblante algo azorado.

— No os inquietéis, prosiguió la reina; conocéis perfectamente á estas dos señoras, y conocéis á todo el mundo.

— Casi, dijo el magistrado; conozco las personas, conozco los efectos, pero no conozco la causa de eso de que habla V. M.

— De consiguiente tendré yo el disgusto de enseñaroslo, replicó la reina despechada con aquella tranquilidad del subdelegado de policía. Es muy evidente que podría franquearos mi secreto, como se franquean, en voz baja ó aparte; pero yo, señor subdelegado, he llegado al punto de emplear siempre la luz del día y la voz alta. Pues bien; yo atribuyo los efectos, como los llamáis, esos efectos de que me quejo, á la mala conducta de una persona que se me semeja y que se presenta de espectáculo en todas partes donde vos ó vuestros dependientes creéis verme.

— ¡Una semejanza! exclamó el señor de Crosne demasiado ocupado en sostener el ataque de la reina para notar la turbación pasajera de Juana y la exclamación de Andrea.

— ¿Os parece por ventura imposible esta suposición, señor subdelegado de policía? ¿preferiríais acaso creer que yo me engaño ó que os engaño?

— Señora, no digo eso; pero sea cualquiera la semejanza entre otra mujer y V. M., hay una diferencia tal que no podría equivocarse ningún ojo experimentado.

— Se puede engañar, puesto que se engaña.

— Y puedo yo suministrar de ello un ejemplo á V. M. dijo Andrea.

— ¡Ah!...

— Cuando habitábamos en Taverney Casa-Roja con mi padre, teníamos de servicio una joven que por una extraña casualidad...

— ¡Se asemejaba á mí!

— ¡Oh! señora, tanto que no se distinguía.

— ¿Y qué ha sido de esa joven?

— No conocíamos aun cuán generosa, elevada y superior es el alma de V. M.; mi padre temió que aquella semejanza desagradase á la reina, y cuando estábamos en Trianón ocultábamos aquella joven á los ojos de la corte.

— Ya lo véis, señor de Crosne... ¡Ah, ah! parece que eso os interesa.

— Mucho, señora.

— ¿Y después, mi querida Andrea?

— Y bien, señora; esa muchacha, que tenía un carácter turbulento y ambicioso, se fastidió de verse secuestrada de aquel modo; hizo conocimiento con algún calavera sin duda, y una noche al acostarme me quedé sorprendida de no verla. Se la buscó, pero en vano, pues había desaparecido.

— ¿Y os habrá robado alguna cosita, querida mía?

— No, señora, pues yo no poseía nada.

Juana había escuchado este coloquio con una atención fácil de comprender.

— ¿Y vos no sabíais todo esto, señor de Crosne? preguntó la reina.

— No, señora.

— ¿Conque existe una mujer cuya semejanza conmigo es tan grande, y vos no lo sabéis? ¿Conque ocurre en el reino un acontecimiento de tamaña importancia y ocasiona graves desórdenes, y vos no sois el primero que se entera

de ese acontecimiento? Vamos, confesemos que la policía está muy mal servida.

— Os aseguro que no, señora, respondió el magistrado. Eleve el vulgo, si gusta, las funciones del subdelegado de policía á la altura de las funciones de un Dios; pero V. M. tiene un asiento más elevado que yo en este olimpio terrestre, sabe bien que los magistrados del rey no son más que hombres, y que yo no tengo dominio sobre los acontecimientos. Los hay tan extraños que la inteligencia humana apenas basta para comprenderlos.

— Señor, cuando un hombre ha recibido todos los poderes posibles para penetrar hasta en los pensamientos de sus semejantes; cuando con agentes paga espías, y con espías puede observar hasta los gestos que yo hago ante mi espejo, si ese hombre no es dueño de los acontecimientos...

— Señora, cuando V. M. pasó la noche fuera de su aposento, lo he sabido. ¿Estaba bien hecha mi policía? Sí, ¿no es verdad? Ese día había ido V. M. á casa de esta señora, calle de San Claudio, en el Marais. Eso no era de mi incumbencia. Cuando os habéis presentado á ver la cubeta de Mesmer con madama de Lamballe, creo que habéis estado allí; mi policía estaba bien hecha, puesto que os han visto mis agentes. Cuando fuisteis al baile de la Ópera...

La reina levantó vivamente la cabeza.

— Permitidme terminar, señora. Os digo lo que os ha dicho el señor conde de Artois, y cuando un cuñado se equivoca acerca de las facciones de su cuñada, con más razón se equivocará un agente que cobra un escudo diario. El agente ha dicho que ha creído veros; de consiguiente ese día estaba también bien hecha mi policía. ¿Diréis también, señora, que mis agentes no han seguido bien el negocio del

gacetero Reteau, que ha recibido tan buena felpa del señor de Charny ?

— ¡Del señor de Charny! exclamaron á un tiempo Andrea y la reina.

— La ocurrencia no es añeja señora, y aun están marcados esos bastonazos en las espaldas del gacetero. He ahí una de esas aventuras que formaban el triunfo del señor Sartines, mi predecesor, cuando él las contaba con tanta sal al difunto rey ó á la favorita.

— ¿El señor de Charny ha medido sus fuerzas con ese miserable ?

— Sólo lo he sabido por mi policía tan calumniada, señora, y confesaréis que esa policía ha necesitado alguna inteligencia para descubrir el duelo que ha seguido á esa ocurrencia.

— ¡Un duelo del señor de Charny! ¡se ha batido el señor de Charny! exclamó la reina.

— ¿Con el gacetero? preguntó resueltamente Andrea.

— ¡Oh! no, señora; el gacetero tan apaleado no habría podido dar al señor de Charny la estocada que le ha hecho hallarse tan indispuerto en vuestra antesala.

— ¡Herido, está herido! exclamó la reina. ¡Herido! ¿Cuándo le hirieron, y cómo? Os debéis equivocar, señor de Crosne.

— ¡Oh! señora, V. M. me coge demasiadas veces en falta, para concederme que esta vez no lo estoy.

— ¡Pues si estaba aquí hace un momento!

— Lo sé bien.

— ¡Oh! pero yo he observado bien que sufría, dijo Andrea, pronunciando estas palabras de tal manera, que la reina descubrió su hostilidad y se volvió con viveza.

La mirada de la reina fué una réplica que Andrea sostuvo con energía.

— ¿Qué decís? repuso María Antonieta, ¿habéis observado que el señor de Charny sufría y no lo habéis dicho ?

Andrea no respondió. Juana quiso acudir al socorro de la favorita, de la que era preciso hacerse una amiga.

— También yo, repuso, he creído percibir que el señor de Charny se sostenía difícilmente durante todo el tiempo que S. M. le hacía el honor de hablarle.

— Difícilmente, sí, repitió la orgullosa Andrea sin dar gracias á la condesa siquiera con una mirada.

El señor de Crosne, á quien se interrogaba, saboreaba libremente sus observaciones sobre las tres mujeres, de las que ninguna, excepto Juana, pensaba en que se hallaba delante de un subdelegado de policía.

En fin repuso la reina :

— Señor, ¿con quién y por qué se ha batido el señor de Charny?

En este intermedio pudo reponerse Andrea.

— Con un noble que... Pero ¡Dios mío! al presente es bien inútil... Los dos adversarios se hallan á estas horas en excelente inteligencia, puesto que hace un momento hablaban juntos delante de V. M.

— ¿Delante de mí... aquí?

— Aquí mismo, de donde ha salido primero el vencedor, habrá como unos veinte minutos.

— ¡El señor de Taverney! exclamó la reina brillando en sus ojos un rayo de rabia.

— ¡Mi hermano! murmuró Andrea, censurándose el haber sido demasiado egoísta para no comprender.

— Creo que en efecto es el señor de Taverney con quien

se ha batido el señor de Charny, dijo el señor de Crosne.

La reina batió violentamente las manos una contra otra, lo que en ella era indicio de la cólera más violenta, y dijo :

— ¡Eso es inconveniente... sí, es inconveniente ! ¡Cómo !.. ¡ las costumbres de América trasladadas á Versalles ! ¡ Oh ! no, yo no me acomodaré á ellas jamás.

Andrea bajó la cabeza, igualmente que el señor de Crosne.

— Conque, porque se ha servido con Lafayette y con Washington (la reina afectó pronunciar este nombre á la francesa) se ha de transformar mi corte en una liza del siglo XVI ! ¡ No, repito, no ! Andrea, vos debíais saber que vuestro hermano se ha batido.

— Lo oigo en este momento, señora, respondió.

— ¿ Por qué se ha batido ?

— Habríamos podido preguntarlo al señor de Charny que se ha batido con él, respondió Andrea pálida y con ojos centelleantes.

— Yo no pregunto lo que ha hecho el señor de Charny, sino Felipe de Taverney, replicó la reina con arrogancia.

— Si se ha batido mi hermano, respondió la joven pronunciando una á una sus palabras, no ha podido ser contra el servicio de V. M.

— ¿ Queréis decir, señorita, que el señor de Charny no se batía por mi servicio ?

— He tenido el honor de hacer observar á V. M., respondió Andrea con el mismo tono, que hablo á la reina sólo de mi hermano y no de otro.

María Antonieta se mantuvo serena, y para lograrlo le fué preciso recurrir á todas sus fuerzas.

Levantóse, dió una vuelta por el cuarto, fingió que se miraba al espejo, tomó un libro de un estante de laca, recorrió siete ú ocho líneas, y en seguida lo dejó, y dijo al magistrado :

— Gracias, señor de Crosne ; me habéis convencido. Tenía la cabeza un poco trastornada por todos esos informes y suposiciones. Sí, la policía está bien hecha ; pero os ruego que os ocupéis de esa semejanza de que os he hablado ; así lo haréis, ¿ no es verdad ? ¡ Adiós !

Le alargó la mano con indecible gracia, y el magistrado salió doblemente contento é instruido á las mil maravillas.

Andrea sintió el matiz de ésta palabra: ADIÓS, é hizo una reverencia larga y solemne.

La reina le dijo adiós con negligencia, pero sin rencor aparente. Juana se inclinó como delante de un altar sagrado, y se disponía á salir cuando entró madama de Misery diciendo á la reina :

— Señora, ¿ no ha señalado hora V. M. á los señores Boehmer y Bossange ?

— ¡ Ah ! es verdad, mi buena Misery, es verdad. Que entren. Quedaos aun, madama de La Motte, pues quiero que el rey haga unas paces más completas con vos.

Al decir estas palabras, la reina acechaba en el espejo la expresión del semblante de Andrea, que se dirigía lentamente á la puerta de aquel vasto gabinete.

Quizás quería picar sus celos favoreciendo de ese modo á la recién venida.

Andrea desapareció bajo los paños de la tapicería, sin haber pestañeado ni manifestado la menor emoción.